

## PROLOGO AL LECTOR.

SOLICITADO de tan grandes temores, cuanto lo son las causas de tenerlos, pongo, discreto lector, este mi libro en tus manos, porque demás del ordinario y justo recelo con que todos sacan sus obras á la almoneda de tantos y tan varios gustos, donde cada uno corta á la medida del suyo, tengo yo otros muchos particulares motivos para encogerme, y temblar de sacar á la luz de los altos y claros entendimientos la escuridad y bajeza del mio; así, por ser en la hora de agora, cuando todo, y en especial el arte de la divina poesia con su riqueza de lenguaje y alteza de conceptos, está tan adelgazado y en su punto, que ya parece no sería perfeccion sino corrupcion el pasar del término á que llega, como por suceder yo (si así lo puedo decir) á los escritos de tan celebrado y bien aceto poeta como don Alonso de Ercilla y Zúñiga; y escribir la misma materia que él, cosa que en mí (si aspirase á mas que á traer á la memoria lo que él dejó al olvido, preciándome mucho de ir al olor de su rastro) parecería tan grande locura como envidia el no confesarlo: ultra de que mi poco caudal y menos curso me hacen abatir las alas, si algunas me hubieran levantado los pocos años. Mas todas estas dificultades atropelló el solo deseo de hacer algun servicio á la tierra donde nací (tanto como esto puede el amor á la patria), celebrando en parte con mis incultos versos las obras de aquellos que, sirviendo en ella á su rey, dieron á costa de sus vidas plumas y lenguas á la fama, y el principal entre estos, el marqués don Garcia Hurtado de Mendoza, en el tiempo que gobernó aquellas provincias, que es todo el sugeto deste libro. Acordé dalle título de *Arauco Domado*, porque aunque sea verdad que agora, por culpas nuestras no lo esté, lo estuvo en su gobierno, pues trajo pacifico á todo el Estado y demás tierra generalmente en tres años que la tuvo á su cargo, habiendo dado á los indios siete campales batallas, de que siempre salió victorioso, cosa de gran ponderacion y estima en un mancebo de veinte y un años, que estos tenia cuando comenzó á gobernar. Fué pues mi intento que hasta el nombre significase lo que solo su valor y no otro, antes ni despues dél, ha podido acabar; y aunque en esta primera parte no quede Arauco domado, al menos dispónese, como se verá por el discurso, para que lo quede en la segunda. El nuevo modo de las octavas, por la nueva trabazon de las cadencias, no fué por mas que salir, no de orden, sino del ordinario, como quiera que sea de mas suavidad, aunque mas impedidas para correr bien, por haber en tres partes rima donde parece que répara el concepto. Van mezclados algunos términos indios, no por cometer barbarismo, sino porque, siendo tan propria dellos la materia, me pareció congruencia que en esto tambien le correspondiese la forma; destos los mas se explican luego en una pequeña tabla que está al fin deste libro. Y el divertirme del intento principal, como es tratar las cosas de Chile, contando otras (aunque bien mirado sin salir dél) mucho despues en Lima sucedidas, cual es la rebelion de Quito y la victoria que se alcanzó del inglés Richarte Achines, causalo el ser mi blanco escribir las hazañas y felicidades del marqués de Cañete; y como no ocupen estas el menor lugar entre aquellas, no me pude excusar de engerirlas, so pena de huir el cuerpo á mi pretension. Esto he prevenido, curioso lector, así por acudir á lo que pide el nombre del prólogo, como porque mas libre de dificultad entres á la leccion desto que te ofrezco; en lo cual, si por ventura hallares algo de consideracion, lo podrás atribuir, ó al demasiado trabajo, ó á la fertilidad de la materia, y las faltas solamente á la estrechez de mi ingenio; si ya no quisieres recibir en cuenta la priesa, tan grande cuan forzosa, que en todo este discurso he llevado. Porque así habrás tú cumplido con lo que á tí mismo debes, y quedaré yo de todas mis vigiliass bastantemente satisfecho. Vale.

## ARAUCO DOMADO.

## EXORDIO DE ESTA PRIMERA PARTE.

Si pluma y vista de águila tuviera,  
Pluma con que romper el vacío seno,  
Y vista para ver al sol de lleno,  
Y seguro de temor volara y viera;  
O si tan remontada no estuviera  
La soberana cumbre do me estreno,  
Prestárame el trabajo sus escalas,  
O me valiera entonces de mis alas.

Mas si para poder volar tan alto,  
Y ver el resplandor de mi sugeto,  
Conozco de mis plumas el defecto,  
Y cuanto soy de vista pobre y falto,  
¿Qué miedo, qué temor, qué sobresalto  
Habrá que no me cerque en tal aprieto?  
Adonde se me pone por delante  
Un amasado muro de diamante.

Oh cuán terrible empresa tomo á cargo!  
Oh cuán difícil y árdua cosa intento!  
Oh cuántos culpan ya mi atrevimiento,  
Y acuden á ponérmele por cargo!  
Mas hay una razon en mi descargo  
Que en obras semejantes, el intento,  
Haciéndose el deber por emprendellas,  
Basta para llevar el premio dellas.

Ultra de que mirándose la obra,  
Veráse la materia ser tan alta,  
Que todo lo que en vista y pluma falta,  
Sin falta en lo que ve y escribe sobra;  
Por donde sobresalto ni zozobra,  
No me zozobra ya ni sobresalta,  
Porque me da motivo y osadía  
Lo mismo que me daba cobardía.

Pues canto... mas cantar es devaneo.  
Despues de tantos célebres cantores,  
En quienes conocí competidores  
La resonante cítara de Orfeo:  
Aunque la letra obliga y mi deseo  
A sacudir solícitos temores,  
Que si me llevan todos en el canto,  
Yo solo á muchos llevo en lo que canto.

Con todo suena mal un ronco acento  
Si el arte, gracia y crédito le falta,  
Y la tonada es consona y tan alta  
Para tan bajo y disono instrumento;  
Favoreced, señor, al buen intento,  
Que bastará á suplir cualquiera falta,  
No siendo necesario mas ahono  
Que dar vuestros oídos á mi tono.

A solo vos favor en esto pido.  
Pues dalle en todo á solo vos es dado;  
De vos le tiene quien le da, Hurtado,  
Y debe ser á vos restituído;  
Que siendo yo de vos favorecido,  
De nadie puedo ser desayudado,  
Porque si de mi parte á Jove llevo,  
Conmigo se vendrán Minerva y Febo.

A vuestro ser consagro mi escriptura:  
Suplico la mireis, que mas es vuestra,  
Por ser labor sacada de la muestra,  
Que en vos dejó estampada su figura;  
Porque con esto solo va segura,  
Y pone obligacion á quien se muestra,  
De que mirado el blanco adonde tira,  
Mire, si le mirare, como mira.

PE-II.

Que vista la grandeza del sugeto,  
Y quien para cantárselo me toca,  
¿Quién hay tan recio y áspero de boca  
Que no le tenga un freno tal sugeto?  
O ¿quién habrá tan falto de respeto,  
Que si un animalito se coloca  
Allá en lugar supremo y venerado  
Toque, por derriballe, á lo sagrado?

Y pues que por mirar mis piés tan cojos,  
Es visto que la vista no se os mengua,  
Haced que el invidioso quede en mengua,  
Y que callando mire sus despojos;  
Que donde vos pusiereis los ojos  
Ningun osado habrá que ponga lengua,  
Mas antes le hareis que con asombro,  
Estirando la ceja, encoja el hombro.

El vulgo fácil es el mar hinchado;  
Es la barquilla frágil mi talento;  
Yo soy el pobre Amiclas tremulento,  
Del recio temporal amedrentado;  
Mas sedme vos el César, don Hurtado,  
Pues mucho mas teneis de nacimiento,  
Y no me detendrá temor de Scila,  
Ni fiera boca rábida y zoila.

Mirad, señor, que os pongo aquí delante  
A vuestro claro padre por espejo,  
Adonde bien podeis tomar consejo,  
Dado que para darle sois bastante;  
Para que viendo en él vuestro semblante,  
Si al suyo no se iguala por parejo,  
Con ansia de que igualen sus figuras,  
Acometais iguales aventuras.

Sabed agradecer al sano cielo,  
Con agradecimiento que le cuadre,  
Haberos hecho hijo de tal padre,  
Que de tenerle en sí blasona el suelo;  
Y que para seguir su raudó vuelo,  
Os da bastantes alas vuestra madre,  
Pues tales con el aire no las peina  
El ave que de todas es la reina.

Mas ¡oh sublime garza Sant Garcia!  
Que es nombre con que el bárbaro os honora,  
Y bien os cuadra y viene desde ahora,  
Si en la virtud está la nombradía;  
Perdonen vuestras plumas á la mia,  
Que de su vivo lustre las desdora,  
Si puede ser bastante á deslustrallas  
El no saber cual piden alaballas.

Aunque resulta gloria mas entera,  
Segun algunos dicen, de que alabe  
El ignorante simple que no sabe,  
Que si el discreto sabio lo hiciera;  
Y dada esta opinion por verdadera,  
En tan capaz sugeto solo cabe,  
Segun es mi alabanza de crecida,  
Teniendo mi simpleza por medida.

Al universo mundo satisfago,  
Si ya no está, cual debe, satisfecho,  
Que sin comparacion es mas lo hecho  
Que, si lo hiciera Homero, lo que hago;  
Entienda que el recibo es mas que el pago,  
Y que si, haber allá tan largo trecho  
Del dicho al hecho, enseña el viejo dicho,  
Aquí va mucho mas del hecho al dicho.

No estriba ni se funda mi osadía  
En ver que es todo vuestro lo que escribo,  
Pues aunque sepa yo que es firme estribo,  
Vos no os dejais llevar por esta vía;  
Ser tal por sí la grave historia mía,  
Es la probada fuerza donde estribo,  
Y ser tan importante á todo el mundo,  
Seguro firmamento en que me fundo.

Otra razon tambien me hizo fuerza,  
Que si faltaran todas, esta sobra,  
Para poner las manos en la obra,  
Por mas que de mi estudio el paso fuerza:  
Es con que mas el ánimo se esfuerza,  
Y aquel perdido anhélito recobra,  
Ver que tan buen autor apasionado  
Os haya de propósito callado.

Pensó callando así dejar cerrada  
De vuestra gloria y méritos la puerta,  
Y la dejó de par en par abierta,  
Dejando su pasión descerrajada;  
Sin vos quedó su historia deslustrada,  
Y en opinión quizá de no tan cierta,  
Mas tal es un rencor, que da por bueno  
El daño propio á trueque del ajeno.

¿Quién á cantar de Arauco se atreviera  
Después de la riquísima *Araucana*?  
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana  
Por mucho que de música supiera?  
¿Quién punto tras el suyo compusiera  
Con mano que no fuese mas que humana,  
Si no le removiera el pecho tanto  
El ver que sois la pausa de su canto?

Pues esta ha sido casi todo el punto,  
De donde le tomé para cantaros,  
Doliéndome que en cánticos tan raros  
Faltase tan subido contrapunto;  
Mas bien será que cese lo que apunto,  
Y que de vuestros hechos mas que claros,  
A resonar comience alguna parte,  
Que para lo demás ninguno es parte.

## CANTO PRIMERO.

Que trata cómo el marqués de Cañete don Andrés de Mendoza, visorrey del Pirú, á pedimento del reino de Chile, y de la necesidad y aprieto en que estaba, le envió socorro y fuerza de gente, así por mar como por tierra, yendo por general della y gobernador de aquel reino don García Hurtado de Mendoza, su legítimo y claro hijo.

Canto el valor, las armas, el gobierno,  
Discanto aviso, maña, fortaleza,  
Entono el pecho, el ánimo y nobleza  
Del estremado en todo jóven tierno;  
Hinche la fama agora el áureo cuerno,  
Apreste de sus alas la presteza,  
Redoble su garganta el claro Apolo,  
Y llevese esta voz de polo á polo.

Las vengadoras furias entre tanto,  
Y toda aquella misera canalla  
Que con eterna pérdida se halla  
En el oscuro reino del espanto,  
Absorta en las grandezas de mi canto,  
Suspenda, si es posible, su batalla;  
El cielo, estrellas, mixtos elementos  
Reciban con aplauso mis acentos.

A la sazón que Chile belicoso  
Mas levantado y mas soberbio estaba,  
Y mas mostrar al mundo procuraba  
La fuerza de su brazo vigoroso;  
Cuando mas arrogante y orgulloso  
La dura tierra el Bárbaro hollaba  
Con muestra tan gallarda y tal denuedo,  
Que al ánimo español causaba miedo;

Cuando la tierra estaba ya de suerte  
Que no daba lugar al bautizado  
Adonde estar un punto asegurado  
De la espantosa imagen de la muerte;  
Postrado ya su muro y casa fuerte,  
Valdivia muerto, Penco despoblado,  
Aguirre y Villagran sobre el gobierno  
Alzando al cielo llamas del infierno;

Cuando por las victorias alcanzadas,  
Arauco amenazaba al mismo cielo,  
Teniendo tan en poco lo del suelo,  
Para con el rigor de sus espadas,  
Y cuando sobre picas levantadas,  
¡Oh lúgubre espectáculo y senúelo!  
Andaban las católicas cabezas  
Cortadas de sus troncos hechas piezas;

De blancos huesos, blanca parecia  
La verde superficie de la tierra,  
Y á las corrientes claras de la sierra  
La derramada sangre enrojecia;  
Cuando la guerra el Hespero temia,  
Y el Bárbaro gritaba: «Guerra, guerra»,  
Pensándola hacer á todo el orbe,  
Sin que poder humano se lo estorbe.

Ya cuando su curtida y ruda planta  
Pisaba el rojo círculo de Oriente,  
Y el español sumido en Occidente  
Mostraba ya el cuchillo á la garganta;  
Atierra Tucapel y Rengo espanta,  
Brama Lincoya y muéstrase valiente,  
Por ver su fuerza idolatra crecida,  
Y la del fiel ejército perdida.

Tronaba el alto Júpiter tonante,  
Y en cólera bañado y furia brava,  
Al corazón hispánico arrojaba  
Su poderoso rayo corruscante;  
Aquel que viste planchas de diamante,  
El acerado escudo se embrabazaba,  
Y con vibrar el asta por el cuento,  
Mostraba su feróz y crudo intento.

Entonces con sañuda vista horrible,  
Miraba la Belona nuestro bando,  
Y al indio con semblante ledo y blando  
Regocijaba todo lo posible;  
Aquella diosa lúbrica y terrible,  
Su voladora rueda volteando,  
Al Bárbaro en la cima colocaba,  
Y al Fido allá en el centro sepultaba.

La sacra y evangélica doctrina,  
Sembrada en el estéril pecho bruto,  
No daba de virtud el rico fruto,  
Que el vicio lo ahogaba con su espina;  
Señales eran todas de ruina,  
De lamentable voz y triste luto,  
Y todo tempestad, sin esperanza  
De ver jamás el rostro á la bonanza.

Entonces pues, habiendo como digo  
El reino triste á lo último llegado,  
Ya casi de vivir desconfiado,  
Y de tener jamás algun abrigo;  
La suerte se trocó, y el cielo amigo  
De espesas nubes limpio y espejado,  
Volviéndose con súbita carrera,  
Las cosas ordenó de otra manera.

Pues desechado ya su duro ceño,  
La Pálas descubrió su rostro afable,  
Prestando la señora variable,  
Tambien el suyo plácido y risuño;  
Y oliendo la venida de su dueño,  
Que á todo su pesar la tiene estable,  
A su rodante globo dió la vuelta,  
En ser de nuestro bando ya resuelta,

Lo cual se pareció patente y claro,  
Pues en adelantando su partida,  
Fortuna comenizó á enmendar la vida,  
Quitándosela al misero Lautaro;  
Por vuestro padre vino aquel reparo,  
Al cual bastó la voz de su venida,  
Que el resplandor del sol, sin que el parezca,  
Ya suele tener hecho que amanezca.

Bien como el ocupado en un oficio,  
Do lo que puede ensancha la conciencia,  
Cuando cercana ve la residencia,  
Se vuelve á la virtud, dejado el vicio;  
Así fortuna viendo por indicio  
Que el jóven acercaba su presencia,  
Del áspero castigo temerosa,  
Anticipó la vuelta presurosa.

Determinóse en darla mas aprieta,  
Cuando la tierra, estando como cuento,  
Pidió favor y mano al rico asiento  
Que Lima con sus ondas atraviesa;  
Entonces comenizó la gente opresa  
A recibir, señor, algun aliento,  
Y desde aquí principio yo la historia,  
Adonde se origina vuestra gloria.

Estando pues así mi patrio suelo,  
Despacha para Lima embajadores,  
Un próspero lugar, de los mejores  
Que cubre el ancho cóncavo del cielo;  
Adonde gobernaba vuestro abuelo,  
Aquel tan duro freno de traidores,  
Y espuela de los ánimos feales,  
Cuyas memorias viven inmortales;

Aquel que con los santos al presente,  
Ya lejos de cuidados y zozobras,  
En galardón y premio de sus obras,  
A Dios está mirando claramente;  
Aquel de caridad tan excelente,  
Que son como reliquias della y sobras  
La puente, el hospital y monasterio,  
Que ilustran el Antártico hemisferio.

Llegados los de Chile á su presencia,  
Le fué por breves términos propuesto  
El término en que todo estaba puesto,  
Para que tome el pulso á la dolencia,  
Pidiendo en conclusión á su excelencia  
Lo saque del peligro manifiesto,  
Por mano de su propio hijo caro,  
Pues golpe tal requiere tal reparo.

Discreta petición, si ser podia,  
Que cuando aquella tierra trabajosa  
Estaba de su vida mas dudosa,  
Pidiese su salud por don García,  
Con sobra de razon por el envia,  
Pues si la enfermedad es peligrosa,  
Y el alma está entre el uno y otro labio,  
Es bien llamar al médico mas sabio.

No dilató la dádiva perplejo  
El pecho del Marqués, á mas bastante,  
Que luego, pareciéndole importante,  
A su demanda dió sabroso deajo;  
Y de primero y último consejo,  
Mostrándoles benévolo semblante,  
Fué de su voluntad el hijo dado,  
Y en el tablero bélico arrojado.

Que ni el amor, con ser tan poderoso,  
Es parte á que lo niegue ni suspenda,  
Ni el ser fragosa y áspera la senda,  
Ni el trance á que lo pone peligroso;  
Ni el golpe, de sentirse congajoso,  
Por empeñar así tan cara prenda,  
Le hace vacilar el firme pecho,  
Sobre dejar á Chile satisfecho.

Respetos amorosos atropella,  
Aunque pudiera bien seguir tras ellos  
Y dejarse llevar por los cabellos  
Por ir á la razon, que es todo della;  
Los ojos solamente pone en ella,  
Quitándolos de quien es lumbre dellos,  
Y quiere de este bien quedar privado,  
Anteponiendo el público al privado;

Aquella luz que el mundo torna claro,  
Y con su curso rápido le mide,  
De sí su rayo fulgido despide,  
A trueque de no ser al suelo avaro;  
Así de sí despide al hijo caro,  
Porque el afilto reino se le pide,  
Por donde bien el Bárbaro decia  
Tener por hijo el sol á don García.

Mas harto diferente del hermano,  
Cuyo desastre y misera caída,  
En álamo Lampecie convertida,  
No menos que Fetusa flora en vano;  
Aquel soltó la rienda de la mano,  
Este la tuvo siempre recogida;  
Si aquel dejó de daño tanto hecho,  
Veréis lo que este deja de provecho.

Ya pues al grave y licito mandato  
Del orden paternal obedeciendo,  
Se va por don Hurtado disponiendo  
El militar oficio y aparato;  
Ya suena todo á cosa de rebato,  
Ya suena de las armas el estruendo,  
Ya toda Lima es tráfago y bullicio,  
Rumor confuso y áspero ejercicio.

Ya desde los balcones desecojadas  
Tremolan con el aire las banderas,  
Y quierleno abrazar de mil maneras,  
Con verse de sus manos sacudidas;  
Mil aguas hacen cotas enlucidas,  
Rayos de fuego brotan las cimeras;  
Ya la pajiza pluma y roja banda  
Jugando por cabeza y pechos anda.

Ya salen de las tiendas los brocados,  
Y sedas mil, distintas en colores;  
Ya sacan vistosísimas labores,  
Vestidos y jaces recamados;  
Por otra parte petos acerados,  
Y adargas, ya de cuadros, ya de flores,  
Venablos, lanzas, picas y jinetas,  
Mosquetes, arcabuces y escopetas.

Ya luchan con el viento los penachos  
Encima de argentados morriones,  
Y mozos levantados fanfarrones,  
Mirándose, retuercen los mostachos;  
Ya todos echan velas y velachos  
En sobrevistas, galas, invenciones  
Acero, plata y oro por do quiera  
Espejos son, si Apolo reverbera.

El bélico frison se lozanea,  
Del ronco tarantántara incitado,  
Y el polvo con la pata levantado,  
El espumoso rostro polvorea;  
En bello alarde, á guisa de pelea,  
Se representa el plático soldado,  
Y el milite bisoño se señala  
Para llevar la joya de la gala.

Por acullá la pieza reforzada  
El cáldo artillero pone á vista,  
Y luego el ahumado polvorista  
Refina su materia salitrada;  
Acá los viejos dan en la jornada,  
Haciendo de palabra la conquista,  
Allí veréis los sastres en sus cortes  
Estar en esto mismo dando cortes.

Ya Lima con soberbia, fausto y pompa  
Se hincha, se levanta, se engrandece,  
Y deshacer su fábrica parece,  
O que de todo punto se corrompa;  
Al son de caja, pífaros y de trompa  
El aire, el mar, la tierra se ensordece,  
Y cuanto con sus términos encierra  
Es un tumulto y máquinas de guerra.

El cano y turbio Rimac resonante,  
Que de vejez en urna se recuesta,  
Su ronca voz levanta sobre apuesta  
Con este son de guerra disonante;  
Mas, aunque se desgane, no es bastante  
Para ganar el viejo lo que apuesta,  
Porque el mormullo y bélico ruido  
Le tiene su murmurio ensordescido.

En esa gran ciudad que Dido funda  
Para su albergue y último recurso,  
No suena tal estrépito y concurso,  
Tal trápala, tropel y barauanda;  
O cuando el ancho mar la tierra inunda,  
Saliendo de sus límites y curso,  
No vemos á la gente convecina  
Con tal fervor y bulla en la marina.

Sonaba por las fraguas de Vulcano  
La presurosa y disona armonía,  
Que el cojo con los ciclopes hacia  
Para forjar el fuerte armés galano;  
Mas uno solo hizo de su mano,  
Que presentó despues á don García,  
Adonde tal primor y gracia cupo,  
Que hizo mas en él de lo que supo:

Y no fué menester para hacello  
Que Vénus halagüena intercediese,  
Ni que fingidas lágrimas vertiese,  
Colgándose lasciva de su cuello;  
Pues antes recibió pesar en ello,  
Y nunca fué de voto que se hiciese,  
Rabiosa de que el jóven la desprecia,  
Que para la mujer es cosa recia.

Mas no le aprovechó con el marido  
Aquel usado modo lisonjero,  
Bues tuvo á todo fuerte como herrero  
Que tiene hecho á golpes el oido;  
Más pudo que la madre de Cupido  
El mérito y valor del caballero,  
Y el interés tambien de dar Vulcano  
Tan buen lugar á la obra de su mano.

Esotra ligerisima gigante,  
Tan desigual engendro de la tierra,  
Que por hablallo todo, en mucho yerra,  
Plumosa del cabello basta la planta;  
Rompiendo á gritos altos la garganta,  
Extiende con su voz la desta guerra,  
Y así, de mano en mano y gente en gente,  
Por todas va sonando claramente.

Bajaron de la sierra y de los valles  
Tal número de gente forastera,  
Que dar lugar á tantos no pudiera,  
A no tener el pueblo tantas calles;  
Andaban por allí gentiles talles,  
La gala y presuncion por donde quiera,  
Soldados valentisimos y nobles,  
Mirtos en condicion, en fuerza robles.

No acuden á la voz del padre vivo,  
Por muerto en larga ausencia reputado,  
La madre, la mujer, el hijo amado,  
Con paso tan ligero y sucesivo;  
Ni al reclamar del pájaro cautivo  
Tan presto llega el otro libertado,  
Como al reclamo y voz de don García  
Gente de todas partes concurría.

No canto deleitoso de Sirena,  
Ni música del músico de Tracia,  
Ni piedra iman jamas fué de eficacia,  
Para llamar, trayendo á sí, tan buena,  
Cuanto la faz tan placida y serena,  
Aquella compostura, aquella gracia  
Lo fué, para mover las voluntades  
De mozas y decrepitas edades.

Por donde tanta gente se le llega,  
Tan plática, tan brava, tan lucida,  
Que á los de menos ánimos convida  
A verse ya en alguna cegarrega;  
El furibundo Marte no sosiega  
Que la conchosa túnica vestida,  
Despierta, solicita, sopla, enciende,  
Y el fuego militar en todos prende.

Con esto pues la tropa congregada,  
Haciendo las debidas prevenciones  
De máquinas, pertrechos, municiones  
Y cuanto se requiere á la jornada;  
Despacha por la costa despoblada,  
De bastimentos lleno y provisiones,  
Un capitán astuto y diligente  
Con un copioso número de gente.

Ya con gallarda muestra va saliendo  
La hueste militar que va por tierra,  
Cuyo contorno y límites atierra  
Del fulminoso Marte el son horrendo;  
Vanlos con ojos húmidos siguiendo  
Aquellos flacos pechos, do se encierra  
Del falso niño dios la dulce jara,  
Que á todos suele ser costosa y cara.

Dellos tambien atrás los rostros vuelven,  
Adonde amor frenético los lleva,  
Y haciendo del dolor bastante prueba  
El corazón en lágrimas resuelven;  
Mas á la fin volviendo en sí, revuelven  
Tirados del honor y sangre nueva,  
En tiempo y larga ausencia confiados,  
Que deste mal son médicos probados.

Julian, aquel famoso de Bastida,  
Se parte para Chile con la gente,  
Llevando los caballos juntamente  
Por Atacama, costa desabrada;  
Adonde en vez del pasto y la bebida,  
No hay mas que el ancho mar y arena ardiente,  
Y por la playa á trechos y pedazos  
Ariscas peñas y hórridos ribazos.

Quedóse con el tercio mas granado  
Para surcar el campo cristalino,  
Abriendo con las quillas el camino  
El valeroso electo don Hurtado;  
Pues ya que todo estuvo aparejado,  
Y el tardo y perezoso tiempo vino,  
Salió de la ciudad el nuevo Aquiles,  
Al son de claras trompas y añafles.

Ya sale de su Roma el africano,  
Ya va de Tébas Hércules famoso,  
De Grecia parte el Griego valeroso,  
A Troya deja el célebre Troyano;  
Del cielo baja Marte soberano,  
De Lima se despide presuroso  
Nuestro caudillo, el último y postrero,  
Por ser de todos estos el primero.

Y aunque tan mozo emprende tal jornada,  
El padre en cometérsela no yerra,  
Pues sabe ya el valor que en él se encierra  
Y cómo corta el filo de su espada,  
Por ser de sus pasados heredada,  
Y por haber halládose en la guerra  
De Córcega, Rentin, de Sena y Flandes,  
Que son para volúmenes mas grandes;

Adonde como siempre dió la cuenta  
Que al tronco de Mendoza se debía,  
Creciendo como espuma cada día  
En todo lo que el ánimo acrecienta;  
Es claro que podrá sacar de afrenta  
Al reino donde va y á quien le envía,  
Pues es costumbre propia de los buenos  
Que vayan siempre á mas, y nunca á menos.

No quiero yo negar que de ordinario  
Para cualquiera empresa y aventura  
Se tiene de buscar la edad madura,  
Mas digo que no siempre es necesario;  
Que en Alejandro vimos lo contrario,  
Y se verá mejor en mi escritura,  
Que al hombre, la prudencia y el consejo,  
Y no la mucha edad, le hacen viejo.

Partido pues de Lima el mozo bello,  
Encaminó sus pasos á la playa,  
Y en medio su escuadron haciendo raya,  
De toda perfeccion echaba el sello;  
Sumo placer causaba en todos vello,  
Sumo pesar tambien de que se vaya;  
Todo el Pirú su pérdida lamenta,  
Y Chile su ganancia representa.

No sale tal el hijo de Latona  
Al tiempo que mostrándonos su lumbre  
La verde cabellera de su cumbre  
Con rayos fulgentisimos corona,  
Cual muestra don Hurtado su persona,  
En medio la guerrera muchedumbre,  
A la sazón que sale, como digo,  
En busca del indómito enemigo.

Mírale el niño, el mozo y el anciano,  
Y desde su balcón la bella dama,  
A cuyo corazón helado inflama  
Aquel fogoso término lozano;  
Cudicial mirándole, y en vano  
Suspiros lanza, lágrimas derrama,  
Y síguete afectuosa con la vista,  
Muriendo por hallarse en la conquista.

Tal iba por su ejército el mancebo,  
Que Salmacis por Troco le tenia,  
Y Clíete por miralle le volvía  
El amarillo rostro como á Febo;  
Aurora, arrebatárase de nuevo  
Teniéndole por Céfalos, quería;  
Volvelle los acentos Eco quisio,  
Por no diferenciallo de Narciso.

Esotra bella Dafne fugitiva,  
Por apretalle el pecho, bien quisiera  
Tomar la humana fábrica primera,  
Dejando aquella faz vegetativa;  
Mas ya que desto Jupiter la priva,  
Espera, y no se engaña en lo que espera,  
Que si por Dafne seca el pecho pierde,  
La frente ganará por lauro verde.

No menos la selvática doncella,  
Por quien el otro en ciervo trasformado  
Fué de sus propios canes devorado  
No habiendo comedido mas que vella;  
Tanto se ocupa en ver la traza bella  
Del valeroso jóven extremado,  
Que dudo, si con ser tan casta y pura,  
De estímulo de amor está segura.

Así de todos va mirado y visto,  
Mas el ninguna cosa ve ni mira,  
Que solamente pone en Dios la mira,  
Y en propagar la fe de Jesucristo;  
Por esta sola causa rauda y listo  
Al proceloso mar derecho tira,  
Do esperan cuatro naves artilladas,  
Pendientes de las áncoras ferradas.

Lucidas van escuadras y cuarteles  
Con tan hermosos visos y colores  
Cual suelen por abril estar las flores  
En los amenos prados y vergeles;  
Yá están á recebillas los bateles,  
Sonando dentro flautas y atambores,  
Cornetas, sacabuches y clarines,  
A cuyo son se duermen los delfines.

Al pedregoso límite llegado  
La tropa y el caudillo don García,  
Con una religiosa compañía  
De elérgicos y frailes consagrados,  
Empiezan nuevamente los soldados  
A descubrir la gala y bizarría,  
Con otros vistosisimos arreos,  
Airosos y gallardos contoneos.

Al espacioso mar y vega clara,  
Por donde ya pretende abrir carrera,  
Está mirando el jóven desde afuera,  
Y enamorado á Tétis con su cara;  
A fe que si Calipso le hallara,  
Cual anda por aquí, por su ribera,  
Que nunca le agradara tanto Ulises,  
Ni á Dido el primogénito de Anquises.

Mas ya llegado el tiempo favorable,  
Confusamente fueron apiñados  
El nuevo general con los soldados  
En la Nereida margen agradable;  
Los barcos por el agua deleznable,  
De mil pimpollos verdes coronados,  
Al término marítimo vinieron,  
Do á todos en sus vientres recibieron.

Y la marina estéril renunciando,  
Con algazara, jubilo y contento,  
A descansada boga y paso lento  
Se van las aguas líquidas cortando;  
Cual garza el vuelo rauda levantando  
Si ve de la borrasca el mal intento,  
Levanta agora el suyo don García  
Por ver la tempestad que en Chile habia.

Caminan pues al son de varios sonos  
Y al paso de chalupas enramadas,  
Que de los bravos Cesáres preñadas  
Los paren en soberbios galeones;  
A do con salva espesa de cañones  
Con festivas voces y algaradas,  
Fueron del marinaje recibidos,  
Ya de la dulce patria despedidos.

¡Cuán bien desde la tierra parecían  
Las flámulas tendidas por el viento,  
Y tantos gallardetes, que contento  
Causaban con las ondas que hacían!  
Parece que con ansia pretendían  
Soltarse todos á una de su asiento,  
Por irse tras el aire libremente,  
Llevados al amor de su corriente.

Bien como si el arroyo cristalino  
A su raudal entrega la ramilla,  
Que estaba remirándose en su orilla,  
Sin ver por dónde ó cómo el agua vino;  
Veréis que por llevarla de camino,  
El hace su poder por desasilla,  
Y ella según se tiende y se recrea,  
Parece que otra cosa no desea.

Lo mismo hace el viento delicado  
Con todos los gallardos tremolantes,  
Llevándolos tan segos y volantes,  
Que no se mueven á uno ni otro lado;  
Pues vista la sazón por don Hurtado  
De aquellos instrumentos rebombantes,  
Mandó que á recoger tocasen uno  
Para marchar á cuestras de Neptuno.

La gente con el tiro recogida,  
Por bordos y jaretas derramada,  
Mira la dulce tierra y mar salada,  
Deseando la señal de su partida;  
Pues no le fué más tiempo diferida,  
Que con zaloma el áncora levada,  
Y repitiendo el nombre de Cañete,  
Largó la capitana su trinquete.

Al punto comenzó la blanca vela  
A recoger al céfiro en su seno,  
Y con el soplo del hinchado y lleno,  
Rompe el naval caballo por la tela;  
El aire va sirviéndole de espuela,  
El sólido timon en vez de freno,  
Con que fogoso, rápido y lozano  
Seguramente corre el mar insano.

El cual agora está tranquilo y manso,  
Alzando unas ampollas no de fuego,  
Que sin hacer espuma quiebran luego,  
Como si fuera el piélago remanso;  
Parece Tétis cama de descanso,  
Cubierta con un plácido sosiego,  
Segun que manifiesta su bonanza,  
Sin rastro ni sospecha de mudanza.

Así del puerto sale nuestra flota,  
Dejando boquiabiertos los Tritones,  
De ver los poderosos galeones,  
Y su feliz y próspera derrota;  
La baja tierra ya se ve remota,  
Ya rompen alta mar los espolones,  
Y á mas andar Favonio refrescando,  
Va recio las escotas estirando.

Sacaron las cabezas prestamente,  
Alzando sierras de agua por sus bocas,  
Delfines ferocisimos y focas,  
Por ver y dar solaz á nuestra gente;  
Y el gran señor del húmido tridente,  
En cuya mano están las altas rocas,  
Con Dóris, Aretusa y Melicerta  
La sale á recibir hasta la puerta.

Sesgando van así las mansas olas  
Por medio de marinas potestades,  
Que muestran sus alegres voluntades  
Haciendo sobre el agua cabriolas;  
Y no las que refiero vienen solas,  
Porque otras mil incógnitas deidades,  
Que en el cerúleo piélago se bañan,  
Las poderosas naves acompañan.

Pues vayan, como van, ganando tierra  
Por el salado mar y blanca espuma,  
Que quiero adelantarme con la pluma,  
Saltando desde aquí primero en tierra;  
Diré lo que sucede en paz y guerra,  
Haciendo de uno y otro breve suma;  
Mas porque estoy, Señor, de aliento falto,  
Dejádmele tomar para este salto.